

HISTORIA NATURAL.



EL FALANGERO.



LAMASE así á este animal porque tiene las falanges de los dedos enteramente semejantes, y porque de cuatro que corresponden á las cinco uñas de que sus pies están armados, el primero está unido con su vecino, de manera que este doble dedo hace horquilla y no se separa has-

ta la última falange, para llegar á las uñas.

El número de las especies de falangeros que se conocen hasta el día es lo menos de catorce; y cuando se las compara se observa entre ellas tres diferentes clases: los *Couscous* ó falangeros de cola pelada, los *falangeros* cuya cola está cubierta hasta su estremidad de pelos mas ó menos largos, y los falangeros volantes, que tienen la cola igualmente velluda, pero que se distinguen de los otros al primer golpe de vista por la dilatación de la piel de los costados, estendida por cada

lado desde la muñeca al talon. Los falangeros propiamente llamados y los falangeros volantes (unos y otros de cola velluda) pertenecen todos sin escepcion á la Nueva-Holanda y á la tierra de Diemen, dependencia suya; los *couscous* ó falangeros de cola pelada son de las islas situadas mas al norte, es decir, de la Nueva-Guinea, las Molucas etc. La cola de los *couscous* hace las veces de una tercera mano, por medio de la que, estos animales torpes y faltos de maña, se aseguran á las ramas donde se suspenden y se mueven sin peligro sobre los árboles donde pasan toda su vida; de la misma manera los falangeros volantes, que tienen la piel de sus costados, estendida por la prolongación de los miembros, forma un verdadero paracaídas que sostiene en el aire á estos graciosos animales en los saltos que dan de un árbol á otro, permitiéndoles de este modo salvar espacios considerables.

Con respecto á la figura de la cola se ha dividido á los falangeros volantes en dos secciones; la primera comprende muchas especies, cuya cola está igualmente guarnecida de pelos: la otra no cuenta hasta el presente mas que una sola especie (el *Didelphis pigmæa* de Shaw) que tiene los pelos de la cola colocados con simetría á los dos lados como las barbas de una pluma á lo largo de su tronco. Puede formarse una idea bas-

tante exacta de los falangeros volantes en su actitud mas característica, es decir, cuando hacen uso de su paracaídas, si se ha visto á las ardillas volantes en una posicion semejante.

El grabado que va á la cabeza de este artículo es el retrato del falangero pintado, ó couscous en su postura mas habitual. Este falangero en el estado de adulto, es del tamaño de un gato grande: su pelo muy suave al tacto, es de color pardo leonado, sobre la cabeza y el lomo; gris pajizo en el colodrillo y bajo el cuello; tiene en todo el lomo y en los costados manchas irregulares de color pardo azulado y pardo rojizo mas ó menos subido, sobre un fondo blanquizeo. La parte exterior de los miembros y de la cola está sembrada de manchas de un leonado mas ó menos claro; la garganta, el pecho, el vientre, la parte interior de la cola, y de los miembros, son de un color blanquecino que tira á rojo en algunos parajes. La cola es escamosa por la parte exterior, y rojiza en la que no tiene pelo. Las orejas son sumamente pequeñas, guarnecidas de pelo por dentro y por fuera; el ojo, la punta de la nariz y la piel de las patas son rojizos; el color de los pelos que cubren sus dedos, es de un moreno matizado de rojo.

Los couscous eligen para su morada los árboles mas espesos, cuidan mucho de ocultarse y huyen de los sitios frecuentados por la gente. Cuando son sorprendidos por la vista de un hombre y no se pueden ocultar en el momento, se agarran con la cola á una rama y se dejan colgar de esta manera, quedándose enteramente inmóviles. Se puede entonces hacerlos caer si se les mira fijamente. Los couscous cojidos jóvenes, se aprisionan sin dificultad, y aunque cuando andan libres no comen mas que botones de plantas y frutos tiernos, cuando estan cautivos se acostumbran pronto á toda clase de alimentos. Cogidos ya viejos no se les puede guardar con tanta facilidad; al acercarse á ellos gruñen, y si se les quiere tocar, tratan de morder y sobre todo de arañar. No se les puede tener vivos, porque despiden un olor muy desagradable cuando llegan á edad adulta, y este olor se encuentra tambien en su carne cuando se los quiere comer cocidos, pero desaparece del todo cuando se asan. Aunque su gusto no es desagradable, la carne de los grandes, no obstante, tiene un color amarillo que repugna al pronto. En Amboine, los malayos suelen comerla á menudo, mas no los musulmanes, pues la tienen por vianda impura; los cristianos la comen solamente cuando no tienen otra clase de alimento.

(Magasin Pittoresque.)

LITERATURA.

LA NOVELA ESPAÑOLA.

ARTICULO III Y ULTIMO.

Las ideas que en punto á moralidad tienen generalmente las personas timoratas, sencillas, ó poco ilustradas, son tan erróneas como singulares; segun ellas consiste esa misma moralidad en la aridez de las

obras del pensamiento, en la falta de todo principio filosófico que les preste importancia, y en la pintura de las costumbres patriarcales de siglos por desgracia lejanos. Para semejantes hombres son el *non plus ultra* las ficciones pastoriles, el idilio, la égloga; y no conciben ni comprenden como pueda servir la literatura ó la poesía, mas que para embelesar el ánimo con cuentos maravillosos, ó con cándidas historias de zagales amantes y desdichados. Niños hasta la tumba, no miran en las cosas sino la superficie, ni piden sino lo que se les dá. Por fortuna esta raza de seres inocentes, que de todo se alarman, que en todo ven alguna ofensa á la moral y á las costumbres, va estinguéndose en nuestro siglo, que asigna á cada materia sus deberes peculiares, y que no exceptua de sus prescripciones ni á los individuos, ni á los conocimientos humanos. A ese espíritu miserable debióse años atrás, en época muy triste por cierto, la prohibicion de *El sí de las niñas* y de *La mogigata*, de Moratin; y de *La niña en casa*, de Martinez de la Rosa, tres de las obras mas altamente morales que se han representado nunca en el teatro, si bien con la última hizose *in odium auctoris*.

Muchas veces tambien la hipocresia se disfraza con el velo de la conveniencia, y el temor egoísta se encubre bajo el manto de la moralidad. Ninguno es mas susceptible que el que no se halla puro de vicios, tal vez porque su intranquila conciencia le hace hallar alusiones donde no hay mas que verdades filosóficas. Generalmente es indicio de escasa ilustracion tan absurda intolerancia; y los gobiernos despóticos son los que incurren con frecuencia en el deplorable error de prohibir las obras que califican de dañosas, porque abundan en máximas y en principios morales.

Decimos esto á propósito de los que creen que la novela puede limitarse á ser una narracion mas ó menos breve de sucesos fantásticos, que ninguna conexion guarden con las ideas que dominan en la sociedad actual, y que no sean aplicables á los hábitos y á las costumbres de nuestra época. Antes lo hemos dicho, y lo hemos probado: en el dia todas las cuestiones se han engrandecido; todas se consideran bajo un punto de vista mas elevado; y así las condiciones que se exigen son diferentes en su esencia de lo que eran antes.

El interés de actualidad es uno de los principios que rigen decididamente en literatura; y con arreglo á él es preciso contemplar las cuestiones humanitarias, las cualidades y los vicios que predominan en la generacion presente. ¿Es este por ventura el siglo de oro, en el que solo se veian virtudes por do quier, felicidad y abundancia? ¿Son los hombres ahora lo que fueron en los dias de la infancia del mundo? No, por desgracia; y con arreglo á esta verdad debemos proceder para que las producciones del entendimiento esten en armonia con lo que nos rodea, con lo que sentimos, con lo que vemos.

En nuestro último artículo, examinando brevemente el sistema de los principales novelistas franceses, dijimos que á nuestros ojos el mas conveniente, el mas oportuno es el seguido por Eugenio Sue en sus célebres *Misterios de Paris*. Ofrecimos tambien esponer en qué puntos coincidimos con él, y en cuales disentimos; y vamos á cumplir ahora esta promesa, sin mucha dificultad por cierto. Nosotros convenimos en

su sistema y en sus principios morales en abstracto; pero diferimos en algunos detalles que no son de escasa importancia. — Ya se sabe que aplaudimos y aprobamos que las cosas se presenten como en sí son, y que con su colorido propio se pinten las costumbres de la época. Pero lo que no aprobaremos nunca es que ese cuadro general se descomponga en otros tantos bosquejos parciales, donde la inmoralidad de determinados individuos, y de determinadas clases, se ofrezca en toda su desnudez á los ojos del público.

Hay ciertas pasiones por su índole tan odiosas y tan desenfadadas, que aunque no sea fácil su contagio, ofenden á los instintos del pudor, de la delicadeza, y de la decencia, esos misterios de la organización humana: hay en fin ciertos vicios de tan horrible aspecto, que su sola consideración ofende y mancilla á aquellos que los contemplan. Nosotros en este punto abogamos por esa santa ignorancia del alma, que no penetra muchas veces el tupido velo que encubre objetos inmundos, y que solo los concibe cuando la explicación es material y expresiva.

Véase formulada en breves palabras nuestra opinión sobre la obra de Eugenio Sue, y determinadas al propio tiempo las condiciones que prescribimos para la novela española. Queremos seguramente verdad, queremos profunda intención; pero proscribimos esa minuciosidad en los detalles, que despierta ó desarrolla los gérmenes de los vicios, que, así como los de las virtudes, existen por un arcano inescrutable en todas las organizaciones. Lo que importa, pues, es dar dirección conveniente á esas disposiciones naturales, desviándolas de la corrupción, ó haciéndolas perseverar en la buena senda.

El cinismo: hé ahí una de las mas odiosas plagas sociales, y digna antítesis por cierto de la hipocresía. ¡Y hé ahí también uno de los escollos en que suelen tropezar los novelistas! Queriendo ofrecer el vicio bajo todos sus aspectos, le presentan por su faz mas repugnante! Queriendo inspirar horror á él, tal vez dejan tristes semillas en los corazones puros é inespertos!...

De lo que hemos dicho ya, de las bases que hemos sentido, se desprende y se deduce claramente cual es nuestra opinión. Repetimos pues, que deseamos alta moralidad y exactitud sobre todo; y si desgraciadamente son escasas las virtudes, realcese su brillo para compensar así su número; preséntese al vicio en toda su deformidad para que inspire horror y espanto; y si el efecto ha de ser mas provechoso, désele un castigo tremendo, horrible que estremezca y asuste. Después de estos, que son los puntos cardinales de nuestra doctrina, exigimos un estudio severo y concienzudo de la sociedad y de sus costumbres, y un diseño fiel de sus cualidades distintas, con el fin de que en los siglos venideros sirva de luz para estudiar la época presente. De este modo es fácil dar importancia á la novela; de este modo puede ser algo mas que la llama efímera y brillante, que resplandece un momento, para extinguirse luego sin dejar rastro alguno.

El sublime poeta inglés, el gran conocedor del corazón humano, el dramático eminente, cuya gloria crece con el transcurso de los siglos, y á medida que cunde la ilustración, Shakespeare en una palabra, escribía al frente de sus obras mas grandes: *All is true*; «todo es verdad.» Otro tanto exigimos nosotros en la literatura actual; que refleje, que copie, que retrate

á nuestros contemporáneos; que busque el origen de los males que aquejan á la humanidad, y que indique el remedio para ellos.

Acaso se creará por muchos que la novela no debe tener pretensiones tan altas, si no contentarse con ser lo que há sido antes; una ocupación para las mugeres, un recreo para los hombres. Por nuestra parte protestamos contra semejante idea, pues creemos que, por un efecto de los adelantos de la época, todas las obras de la inteligencia humana han de tender á un objeto grave y determinado; que todos sus esfuerzos deben coincidir en un punto; el de enseñar, el de ilustrar; persuadidos de que la ignorancia es el mas pernicioso de todos los males, y aquel cuyos efectos son mas duraderos y temibles.

Esto que pedimos, esto que reclamamos ni siquiera tiene la ventaja de la novedad; no es mas que el *utile dulci* del poeta antiguo; no es mas que esa máxima hace tanto tiempo aplaudida por todos, y por todos recomendada. Si todavía se nos dice que nuestras pretensiones son excesivas, si se nos arguye con que soñamos con una utopía realizable, señalaremos el *Quijote*, que tan provechoso influjo ejerció sobre las preocupaciones de los tiempos en que se escribió; y si no es fácil siempre conseguir un resultado tan grande, lo que se alcance por un medio análogo, será una conquista inmensa debida á la ilustración, y consumada por la filosofía.

No hemos hecho mas que apuntar algunos principios generales, tal vez sin el orden y sin la claridad necesarios en una cuestión delicada é interesante: nosotros quisiéramos que se dilucidara de una manera veniente y digna, y entonces volveríamos á ella con nuevos argumentos y mayor copia de razones. La discusión de puntos semejantes es un progreso intelectual, nunca estéril para el arte ni para sus creaciones.

RAMON DE NAVARETE.

BIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Apuntes biográficos y bibliográficos sobre el literato español D. ANTONIO CAPMANY y sobre algunas de sus obras poco conocidas é inéditas.

De ignorantes nos acusan los extranjeros y á nuestro entender con poca razón: mas justos fueran si nos llamasen indiferentes á nuestros propios méritos, y desiduosos en la conservación de los monumentos que los comprueban. Ingenios ha tenido España que en nada cedían á los mas distinguidos de otros países; pero ya sea por la escasa protección que en los últimos tiempos han gozado las letras, ó por la poca afición al estudio de que adolecemos aquende los Pirineos, ó por otras razones superiores á nuestro alcance, los trabajos mas notables de los escritores españoles yacen olvidados entre el polvo de las bibliotecas.

Voces muy poderosas y plumas muy bien cortadas han abogado mas de una vez y en mas de una época por el honor y regeneración de nuestra literatura, siendo tal vez D. Antonio Capmany el que con mas

ardor ha trabajado en tan loable y nacional empresa; ¡quién le dijera que sus mismos escritos habían de ser, como tantos otros, injustamente condenados al olvido!

Su aplaudido *Diccionario francés-español* (Madrid 1805, en 4.º) ha llegado á hacerse vulgar: su *Filosofía de la Elocuencia* (Madrid, 1777, en 8.º: Londres 1812 en 8.º mayor, edicion de lujo: Gerona 1826, en 8.º) anda tambien en manos de todos: su *Teatro crítico de la elocuencia española* (Madrid 1786 y 1794, 5 tomos en 4.º) goza tambien de alguna popularidad, y no es del todo desconocida la obra titulada *Vida de varones ilustres* que si no principiada, fué concluida por Capmany bajo los auspicios del gobierno que la habia mandado publicar en esta corte. Mas no podemos decir lo propio de otros escritos en nada inferiores á los que dejamos citados, y á los cuales debió especialmente Capmany la alta y merecida reputacion con que le honraron sus contemporáneos. Obras dejó tambien inéditas que segun noticias, no desmerecen de su autor, y á juzgar por sus títulos, debemos considerarlas como de la mayor utilidad.

Antes de proceder al exámen de unas y otras, no parecerá ociosa una breve relacion de la vida y principales hechos de nuestro compatriota.

D. Antonio Capmany y Montpalau, oriundo de una antigua y noble familia de Gerona, nació en Barcelona el 24 de noviembre de 1742 y fué bautizado en la catedral de dicha ciudad. Hizo sus estudios en el colegio episcopal de la misma hasta que entró de cadete en el regimiento de dragones de Mérida, desde el cual salió á subteniente de las tropas ligeras de Cataluña que en 1762 hicieron la guerra en Portugal. En 1770 solicitó su retiro, deseoso de recorrer la península y de dedicarse esclusivamente á las letras que mal podia cultivar entre el estrépito de las armas y los horrores de la guerra. Conseguido su objeto, se dirigió á las risueñas orillas del Guadalquivir que mas especialmente halagaban su imaginacion poética y su genio admirador de las bellezas naturales.

En Utrera, provincia de Sevilla, casó con Doña Gertrudis de Polaina y Marqui natural de dicha villa. Algun tiempo despues, el gobierno le confirió una comision real para organizar la colonia de la *Carolina* que se fundó en aquellos tiempos, bajo la direccion del superintendente D. Pablo Olavide. Nuestro Capmany desempeñó su cometido con el celo é inteligencia que le eran peculiares, y atrajo á la nueva poblacion de Sierra-Morena un gran número de familias de otras provincias. Satisfecho Olavide de su conducta, le retuvo á su lado mientras duró su privanza, que como todos los favores palaciegos no tardó en desvanecerse. Cuando el injusto rigor del felizmente abolido tribunal de la inquisicion, redujo á aquel apreciable magistrado al duro extremo que, por demasiado público y notorio, no necesitamos recordar á nuestros lectores, D. Antonio Capmany pasó á Madrid para procurarse mejor fortuna; y como, merced á sus no interrumpidos estudios, era gran filólogo, y las obras que tenia dadas á luz le habian hecho conocido y respetable en la corte, desde su llegada fué admitido en la Real academia de la Historia y mas adelante fué nombrado con general aprobacion su secretario perpetuo. Treinta y cinco años residió en la corte, trabajando en las obras de que llevamos hecha mencion y en otras que mas adelante citaremos.

Suponen algunos que hizo un largo viaje por Francia, Italia, Alemania é Inglaterra y hasta cierto punto creemos que no carecen de razon; dado que Capmany manifiesta en algunas de sus obras, conocimientos profundísimos sobre la lengua, costumbres, legislacion y politica de dichos paises, que apenas pueden atribuirse sino á un testigo de vista. Lo indudable es, que fué nombrado sócio de varias academias extranjeras como lo habia sido antes de las nacioles de Barcelona y Sevilla.

En 1808, cuando las huestes de Napoleon invadieron la España, resistió con patriótico teson las halagüeñas proposiciones con que los invasores alucinaron á tantos hombres por otra parte muy entendidos, induciéndoles á abandonar la causa sagrada de la patria. No se sabe de fijo si con tal motivo sufrió persecuciones; pero fundadamente se presume, puesto que abandonando todo cuanto poseia y hasta á su muger y á su niera que por el estado de su salud no pudieron seguirle, salió de Madrid con direccion á Sevilla, donde llegó el dia 1.º de enero de 1809.

En los años de 1812 y 13 fué diputado por Cataluña en las cortes de Cadiz, y terminó su gloriosa carrera sirviendo á su patria en el campo de la representacion nacional, como antes la habia servido con la pluma y con la espada.

En 1815 apareció en Cadiz la terrible epidemia de la fiebre amarilla que entre otras victimas acabó con nuestro D. Antonio Capmany y Montpalau, á los 71 años de su edad. En el cementerio de aquella muy noble, muy leal y muy heroica ciudad, se leia en 1836 el siguiente epitafio que no sabemos si se conservará en el dia.

AQUI YACE
EL FILÓLOGO.

D. ANTONIO CAPMANY Y MONTPALAU
DIPUTADO POR CATALUÑA

EN LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS.

SUS OBRAS LITERARIAS Y SUS ESFUERZOS

POR LA INDEPENDENCIA Y GLORIA

DE LA NACION

PERPETUARAN SU MEMORIA.

MURIÓ EN 14 DE NOVIEMBRE DE 1815

A LOS 71 AÑOS DE SU EDAD.

R. I. P. A.

No tanto la reputacion literaria que D. Antonio Capmany tiene bien establecida, como el espíritu nacional que constantemente guiaba su pluma, le hacen recomendable á los ojos de todos los buenos españoles. El objeto invariable de todos sus trabajos y el norte de todos sus esfuerzos, fué siempre vindicar á la patria de las preocupaciones extranjeras, evitar la degeneracion de la lengua castellana, deplorar la desaparicion de nuestras antiguas usanzas y oponerse á la importacion de costumbres extranjeras.

Es de notar su *Comentario con glosas críticas y jo-co-serias sobre la nueva traduccion castellana de las Aventuras de Telémaco*, publicada en la *Gaceta de Madrid* de 15 de mayo de 1798 (Madrid, en 4.º). En esta obra, mas que en otra alguna, brilla el espíritu nacional del autor y se trasluce su indignacion contra los que, por ignorancia ó por sistema, iban introduciendo frívolos galicismos en la grave y sonora lengua de Cer-

vantes y Mariana. Hablando en general del estilo del traductor, dice Capmany: «¿quién le ha dicho al señor traductor, que consistiendo la mayor gracia y fluidez de la frase castellana en la feliz trasposición de las palabras, en las elipsis y otras licencias gramaticales que no son de la jurisdicción del oído y gusto forense, puede ajustarse como de molde á la arrojada y dura locución de los franceses claveteada de artículos, pronombres y partículas infantiles? ¿Qué castellano tan elegante, claro y armonioso saldría, atado á todas las repeticiones.... de la esclava, sorda y uniforme construcción francesa, cuya traducción solo puede darse por vomitivo! Gracias al señor traductor que nos ha ahorrado de acudir desde hoy á la botica!» En seguida empieza la crítica del prólogo y glosa la expresión de que *el Telémaco es un cabo de obra de sólida doctrina*. «Que le entiendan la parla, dice Capmany, ni los doctrineros de la corte de Castilla, ni los procuradores de las cortes de corte, ni los capadores de las cortes de marranos. ¡O maldito mil veces *chef d'œuvre* francés, ó cabeza de obra, pues así conviertes en cabezas de ajos ó de mochuelos nuestras cabezas ó testas *pensantes*!..... Un castellano diría: es una obra perfecta de... un modelo de... etc. etc.» Acre sobre manera nos parece esta censura, y confesamos á fuer de imparciales, que la deseáramos mas templada; pero no por esto son menos notables las citadas palabras, expresión fiel de la alta consideración con que miraba Capmany el habla castellana.

Al mismo objeto se dirige su *Arte de traducir del idioma francés al castellano, con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas*. (Madrid 1776 en 4.º reimpresso en Barcelona y en otras partes.) Si los que se dedican á traducir, hubiesen empezado por estudiar esta obra de Capmany, quizá no veríamos la lengua castellana en el deplorable estado á que la han reducido las versiones del francés que avergüenzan nuestra literatura.

Es también recomendable su *Discurso analítico sobre la formación y perfección de las lenguas y sobre la castellana en particular* (Madrid 1776). Este fué el primer discurso que con gran aplauso pronunció Capmany en la Academia de la Historia: está dividido en cuatro párrafos. El primero trata del origen de las lenguas y de la imperfección de estas en general. El segundo versa sobre la lengua castellana, y en él prueba el autor que esta lengua no es original, que procede de la latina, que adolece de los mismos vicios que esta y de otros suyos propios. En el tercero se ocupa en particular de los defectos de la lengua castellana y aduce gran copia de razones prácticas que revelan su erudición y su delicado pulso literario. Dice por ejemplo, que una lengua provista de las palabras *almorzar, merendar y cenar*, debiera tener un verbo que expresase el acto de comer al mediodía; y se lamenta de que siéndonos lícito decir: *remirar, retocar, recorrer*, no podamos decir, igualmente, *reentrar resalir* etc. así como le parece muy monstruoso que quien dice *amplificar, santificar, simplificar*, no pueda decir *malificar* etc. Sobre los adjetivos hace notar que tenemos oyente de oír, ardiente de arder, amante de amar, etc. y nos faltan *viente, leyente, pensante, aborreciente*. Observa también que la falta de adjetivos verbales, nos pone muchas veces en el caso de recurrir á los latinos:

así decimos *susceptible, potable, defectible* por *tomable, bebible, faltable*. Concluye Capmany con su tema favorito de ensalzar la preeminencia de la lengua castellana sobre la francesa por su mayor flexibilidad, armonía, dulzura y riqueza.

Antiguos tratados de paces y alianzas entre algunos reyes de Aragon y diferentes principes infieles del Asia y del Africa desde el siglo XIII hasta el XV, copiados por orden de S. M. de los originales registros del real y general archivo de la corona de Aragon establecido en Barcelona: por D. Antonio Capmany y de Montpalau; vertidos fiel y literalmente del idioma antiguo lemosin al castellano y exornados con varias notas históricas, geográficas y políticas (Madrid 1786). Como el texto de esta obra no es original, solo podemos hacer mención de las notas y del discurso preliminar en que Don Antonio Capmany manifiesta á S. M. cuán útil y ventajosa habia de ser á los siglos venideros, la publicación de aquellos monumentos de la antigua política aragonesa.

Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona, publicadas por disposición y á espensas de la real junta y consulado de comercio de la misma ciudad (Madrid, 1779, 4 tomos en 4.º mayor). En esta obra que los sabios de su tiempo celebraron con justos elogios, calificándola de original en su género, prueba el autor que nuestra España aventajaba ya desde muchos siglos á las demás naciones en el cultivo de la industria. En la primera parte de las *Memorias históricas*, se trata de las primeras navegaciones de los barceloneses en el siglo XI, de los progresos de su marina, de su táctica naval, del número y calidad de sus buques, del puerto de Barcelona y su atarazana, y de las expediciones de aquel pueblo contra otras potencias marítimas en aquella época muy temibles. En la segunda se manifiesta la grande extensión del comercio catalán en aquellos remotos tiempos, los ramos principales de importación y exportación y los pingües provechos de aquel vasto tráfico que elevaron la ciudad de Barcelona al nivel de Génova, Florencia y Pisa que eran entonces las mas florecientes del orbe. Se dá además una sucinta idea de la legislación mercantil de Barcelona, de su código que era el mas antiguo de la edad media, de sus aduanas etc. En la tercera parte se espone el origen, progresos y decadencia de las artes en Cataluña. El segundo tomo de esta interesante obra, contiene una curiosa colección de documentos justificativos en número de trescientos y dos; todos pertenecientes á la historia del comercio, marina, artes y oficios de Cataluña. Entre ellos, se leen diplomas de varios soberanos y repúblicas de Europa, Asia y Africa, cartas de oficio de la ciudad de Barcelona dirigidas á otras ciudades y principes extranjeros, decretos de los gobernadores y bailes generales del principado, con otros instrumentos muy importantes y auténticos sin duda alguna, no tanto por la jamás desmentida autoridad de Capmany, como por la mención que él mismo hace en su prólogo, de las fuentes que le suministraron las copias y de los funcionarios que intervinieron en ellas. Por último, no sin fundamento creemos que el catálogo de documentos en cuestión, puede ser comparado por su organización é importancia, con los celebrados cuerpos diplomáticos de Montfaucon y D' Achery.

En diferentes épocas vieron la luz pública con igual

aceptacion, otros escritos de D. Antonio Capmany; tales como el *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales, y de la influencia de sus gremios en las costumbres populares*, conservación de las artes y honra de los artesanos, publicado bajo el nombre de D. Ramon Miguel Palacio (Madrid 1778 en 4.º) el *Compendio histórico de la vida del falso profeta Mahoma* (Madrid 1792, en 8.º mayor); las *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar* (Madrid 1807, en 8.º) el *Compendio histórico de la real Academia de la historia de Madrid*, que precede á las Memorias de esta corporacion publicadas en siete tomos en 4.º mayor: *Centinela contra franceses* (un cuaderno en 8.º impreso y reimpresso varias veces, una de ellas en Tarragona, 1808); *Centinela de la patria*, publicacion en cinco entregas sin nombre de autor (Cádiz 1810)

Sus obras inéditas son las siguientes: 1.º *Clave general de ortografía castellana*. 2.º *Ensayo de un diccionario portátil español-francés*. 3.º *Frases metafóricas y proverbiales de estilo común y familiar en número de 5644*. 4.º *Ensayos poéticos*. 5.º *Observaciones sobre la arquitectura gótica*. 6.º *Estracto analítico de las leyes rodias*. 7.º *Estado de la literatura en España á mediados del siglo XVI*. 8.º *Idea de la cultura española: catálogo de los autores clásicos griegos y romanos traducidos en lengua castellana desde el siglo XIV al XVII*. Entre otras muchas, estas son las mas notables segun la opinion comun de los que han tenido ocasion de examinarlas. Deseamos que algun dia vean la luz pública, para completar debidamente la gloria de un escritor que tanto honra á su pais.

GAVINO TEJADO.



En el centro de la Vera de Plasencia, siete leguas distante de esta ciudad por la parte de Oriente y al pié de una sierra negra y elevada que le defiende de los aires del Norte, subsiste aun en buen estado el monasterio de S. Gerónimo de Yuste, donde el Emperador Carlos fué á refugiarse, despues de renunciar á las vanidades de la tierra.

Tres personas de distintas edades y de trajes diversos, ocupaban una mañana del mes de enero de 1518 cierto salon de los mas vastos de aquel severo edificio. Era uno de estos personajes el abad del Monasterio, robusto anciano de redonda cabeza y grave aspecto, ojos espresivos y abultada nariz. Era el otro un arrogante aleman en traje de camino. El tercer personaje parti-

cipaba de todas las gracias de una Huri y de todos los encantos de una hija del Mediodía; era una judía. La dilatada mesa que ocupaba casi todo aquel salón y sobre la cual se veían aun restos del frugal desayuno de los monjes, indicaba bien á las claras el uso á que estaba destinado aquel aposento. Las tres personas que se encontraban en él, se hallaban sentadas en otras tantas poltronas, y un pintor curioso hubiera hallado asunto en el grupo que formaba para la composición de un cuadro interesante, según el contraste que hacían la cara espresiva y redonda del abad, la abultada y encendida del alemán, y el pálido y encantador rostro de la judía. El abad y el viajero platicaban y la judía callaba sin alzar los ojos del suelo, donde los tenía clavados desde algunos momentos antes en que había entrado en aquel edificio. Mucho escrúpulo manifestó el abad en recibir en el monasterio á aquella jóven, pero usó el alemán de tales razones, mostró tanta arrogancia y parecía hallarse tan resuelto, que el abad juzgó inútil cualquiera resistencia y los condujo hasta allí invitándolos á que se sentaran y entablado con el alemán la siguiente conversacion:

—¿En qué puedo seros útil, caballero?

—Quisiera pedir os un favor, respondió el alemán.

—¿Un favor? Veamos si puedo hacérosle, nuestra religion nos lo ordena.

—Esta jóven y yo hemos caminado todo el día sin descansar, faltos de alimento, rendidos de fatiga alcanzamos á ver esta mañana las torres del monasterio y nos dirigimos á él con la esperanza de hallar reposo. Mi caballo está fatigado y no creo tenga fuerzas para seguir el viaje, el que montaba esta jóven también está rendido de cansancio; así pues, os pido la merced de que nos permitais pasar aquí el resto del día y mañana al amanecer seguiremos nuestro camino.

Quedóse el abad caviloso cuando el alemán hubo concluido su relato, sin saber que contestarle; por fin le dijo con algun embarazo:

—¿Y qué asilo decente y cómodo os puedo dar yo pobre abad de un monasterio retirado de todo el mundo?

—Lo que es por eso no os inquieteis, padre, repuso el alemán. Yo pasaré la noche en vela, estoy acostumbrado á ello, solo quiero me proporcioneis habitacion para esta jóven.

—¿Para ella, exclamó el abad!

—Sí, para ella que no tiene la culpa de hallarse aquí. No creo que perdais nada para con el Dios á quien servís proporcionándola un bocado con que alimentarse y un lecho en que descansar.

Dijo el alemán estas palabras en tono tan franco y zumbon, que el abad desistió de su primera idea.

—Bien, contestó, haré todo lo posible por satisfacer vuestra peticion.

—¿Sabeis lo que digo, padre? añadió el alemán, que no vendrían mal por de pronto algun sabroso manjar y un trago del vino añejo que conservareis en la bodega.

—Hijo, la abstinencia de nuestra regla nos prohíbe esas cosas enemigas del hombre.

—Vaya, vaya, yo bien sé que no faltará por ahí algo con que obsequiarnos.

—Os aseguro....

—Cómo, os negáis á socorrer mi necesidad?

—No permita Dios que por mi pascis todo un día sin alimentaros. Os daré para que ceneis unas judías cocidas y un poco de cecina curada.

—¿Judías! cosa buena, y la cecina mucho mejor, solo falta que nos traigais un poquillo de vino.

—¿Ah! no puede ser, no tenemos ni una gota.

—Vamos padre, sed mas caritativo, sacad de lo añejo que Dios os lo recompensará.

—Como soy que el hombre sabe vivir, murmuró el abad por lo bajo y fuese á traer la cena.

Volvió el alemán la vista á la judía que aun permanecía cabizbaja y la contempló un momento, luego acercándose á ella la dijo:

—¿Qué tienes mi bella Raquel?

—¿Me martirizan mis penas, exclamó alzando sus hermosos ojos y mirándole con una espresion indefinible.

—¿Y quien te las causa?

—Me lo preguntais vos; repuso con voz conmovida.

—Deja vanos lamentos á un lado. ¿Acaso serias mas feliz en medio de tus hermanos párias, errantes, sin fé y sin religion, esclava siempre de los caprichos de cuantos te vieran? No Raquel mia, sino yo hubiera sido cualquier otro; tu padre ambicioso y feroz te vendió por 80 piastras como á una bestia en el mercado de Levante y yo te compré no como una esclava sino como una joya riquísima.

—Pero allí me veía respetada entre los míos y con vos me veré ultrajada y despreciada por los vuestros.

—¿Ultrajada! desgraciado de aquel que se atreviera á injuriarte. ¡Nada temas, estás conmigo y nadie te ofenderá! ¿qué culpa tienes tú, celestial criatura, de haber nacido de padres cuya raza se vé proscripta y errante por el mundo, maldecida de Dios y de los hombres? Ninguna, no, ninguna, yo te querré como á lo mas precioso de este mundo, yo te daré tanto amor que te haga olvidar tus penas.

Había en aquel instante tal ternura en las palabras del alemán, que la judía se sintió un tanto conmovida, al verse tratada de tal suerte por un cristiano y al mismo tiempo por un caballero, pues tal debía ser aquel hombre á juzgar por su rico traje.

Callaron ambos un instante y apareció en tanto el abad seguido de un lego con las provisiones. En vez de las judías traía un trozo de carnero asado y en lugar de la cecina, un buen pedazo de jamon y un par de botellas de vino.

—¿Diablo! exclamó el alemán, no esperaba yo tanto, os doy las gracias, padre.

—Es un servicio que hago en nombre del Señor, á él debeis dárselas.

—Como quiera que sea, ya las di, lo que importa es comer, con que acercaros padre.

—Imposible.

—No quereis. Bueno, acércate Raquel, dijo á la judía, pero ella no contestó.

—¿No quereis tomar algo? la preguntó el abad á su vez.

—Os lo agradezco, pero no me hallo con apetito.

—¿Cómo, despues de no probar bocado en todo un día! Dijo el alemán echándola una mirada imperiosa; vamos acércate y come.

Conoció ella el tono en que se lo mandaba y se arrojó á su lado.

El abad la observaba y admirábase en su interior de ver tanta belleza reunida. A otro mas acostumbrado que él á ver rostros bellos, le hubiera sucedido lo mismo. Era realmente la judía un tipo que caracterizaba toda la hermosura oriental; si se la miraba mucho

fascinaba, si de cerca conmovia hasta lo mas profundo del corazon. Era una perla de poesia, tal como las concibió el sublime talento de Rafael.

—A vuestra salud, padre mio, dijo el aleman alzando el vaso lleno de vino.

—A la vuestra, caballero.

—Gracias, replicó el aleman.

—Decidme caballero, preguntó el abad picado de la curiosidad, ¿de dónde venis?

—Hace algun tiempo que salí de Aix-la-Chapelle.

—Donde el Emperador ha recibido la corona de Cárlo Magno.

—Yo lo he presenciado.

—¿De veras?

—Como lo ois, y esta jóven tambien.

—Suntuoso habrá sido el acto.

—Grande ha sido en efecto.

—Y ahora ¿dónde vais?

—A la corte de Madrid.

—¿Servis al Emperador?

—Le sirvo en palacio y en la guerra.

—¿Sois aleman?

—De origen español.

—¿Sereis valiente?

—Un poco, y echó otro trago.

—Parece que está muy revuelto el reino.

—Si, los comuneros le trastornan con sus pretensiones.

—He oido hablar muy ventajosamente de su caudillo.

—Juan de Padilla es en efecto un valiente español, libre como el mismo Pelayo.

—El Emperador sofocará la rebelion.

—Así lo creo, pero me temo que si no anda listo le han de dar que hacer los revoltosos.

—Sin duda lo que defienden.....

—Es muy justo, defienden su libertad y no puede despreciarse tan noble demanda.

—Pero la guerra civil es una plaga para el reino.

—Se curará con el tiempo.

—Y mientras tanto.....

—¿Quién la ha promovido? ellos defienden sus derechos.

—Derechos solo los tiene el Soberano.

—Derechos para hacer felices á sus pueblos, mas no para esclavizarlos. ¡Y hay de aquel que quiera con sangre consolidar el trono!

—Revelarse contra sus reyes es un crimen.

—Se revelan contra su arbitrariedad, y no es justo que uno solo derroque el edificio que tantos otros se dedicaron á levantar.

—Muy exaltado sois.

—No padre, soy justo y conozco la razon.

—Cuando gustéis podeis ir á descansar, dijo el abad levantándose y cortando así la conversacion que iba tomando un giro desagradable.

—Vamos pues, contestó el aleman.

Y salieron ambos seguidos de la judia Raquel.

(Continuará)

PELIGROS DE MADRID.



Saludables escarmientos de la pena capital.—Utilidad de los tricórnios.

Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Baltasar Gonzalez, calle de Hortaleza, núm. 89.